La enfermedad extraña de Eva Alonso

Iriarte

La enfermedad
extraña
de Eva Alonso

Capítulo 1

Hoy me he levantado con ganas de escribir lo que me dé la gana. Tal vez algo sobre el chip injertado en el pulgar izquierdo de Gayo Rivera. Algo sobre la mujer argentina de Andrés Barba. Puede que algo sobre Javier Sáez de Ibarra y Viviana Paletta, su jovial esposa. Me coloco los auriculares y suena *Who loves the sun* en mi cerebro. Terminado el tema de Lou Reed selecciono *I lie*, canción de David Lang que pertenece a la banda sonora de *La gran belleza*. Ajusto los auriculares y escribo: Son las once de la mañana de un domingo de mediados de noviembre cuando Gayo Rivera abre la puerta de su apartamento en Alicante. Como un ángel de fin de semana, su mujer aparece luminosa en el pasillo envuelta en un albornoz celeste. En realidad desconozco si es sábado o domingo. Tampoco sé si Eva Alonso es una mujer luminosa, pero a esa hora la luz del exterior revienta los ventanales del salón, y su fuerza le confiere un aspecto entre melancólico y resplandeciente. Me gusta la idea de que la luz del exterior le otorgue un aspecto refulgente a Eva Alonso, que ya no madruga nunca. Asegura que no lo hace desde que padece la enfermedad extraña. Se despierta cada mañana bañada por el sol matinal. Alrededor de las diez se despereza con fuerza para que la oiga Gayo Rivera desde su estudio, le prepare su desayuno favorito y se lo acerque a la cama.

Gayo Rivera abre la puerta del apartamento vestido con la misma ropa del día anterior. Pantalón vaquero y camiseta marrón salpicada de peladuras de piel muerta. No me invita a pasar y me mira como un niño al que hubiese pillado haciendo algo indebido. Arrastra una bolsa de lona roja repleta de libros. Es una bolsa-carrito-de-la-compra que se pliega como un fuelle una vez está vacía, se desdobla para llenar su interior con lo que sea, y tiene dos rueditas negras en su base. Son para ti, dice. Guardo demasiados libros. Eva Alonso nos observa inmóvil en mitad del pasillo. Tiene la mirada podrida de un yonqui madrileño de los años ochenta, la piel azul debajo del albornoz celeste, el pelo tan rojo que resulta excesivo, los labios húmedos como una sopa. Gayo Rivera lleva la misma camiseta marrón del día anterior, cuando anduvimos a pies del faro por rocas y senderos que bordean el Cap de l'Horta. El cuello de la camiseta sucio y dado de sí. A través de la tela puedo apreciar su torso de setenta y dos años. Calculo los años que me quedan para alcanzar su edad, y pienso que envejecer es una putada. Es difícil saber si Gayo Rivera, virtuoso del arte y filósofo amigo mío, se ha duchado antes de enfundarse los vaqueros y la camiseta marrón dada de sí a la altura del cuello. A veces pienso que ningún humanista debería ducharse nunca —creo que se trata de una importante cuestión de higiene mental— y Gayo Rivera, todo hay que decirlo, huele a mierda.

La enfermedad extraña de Eva Alonso, el apartamento lumínico en Alicante, la autoridad del sol, sin embargo, no apestan como lo hace Gayo Rivera. Su mujer, recién aseada, nos observa leve y azul. Envuelta en su

albornoz celeste sabe adónde nos dirigimos. Lo sabe, ya que hace algunos años un médico amigo le injertó un chip en el pulgar de la mano izquierda a su marido. Por eso Gayo Rivera se rasca el pulgar de la mano izquierda bastante a menudo.

Atravesamos el vestíbulo mal iluminado. Entramos en el ascensor y salimos a la calle por la rampa del garaje. Gayo Rivera aprovecha la rampa para economizar esfuerzos gracias a las dos rueditas que tiene en su base la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja. Podría decirle que me deje tirar de la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja. Podría decirle que soy más joven que él. Pero no lo hago. Simplemente me limito a caminar a su lado sin tener ninguna reacción. Son las once y cuarenta y cinco minutos de un sábado, o de un domingo soleado de noviembre, cuando pienso que el apartamento de Gayo Rivera y Eva Alonso se parece a algunos apartamentos que dan forma al área residencial de Greenwich Village, en el bajo Manhattan. Aunque en realidad no sé qué aspecto tienen los edificios de apartamentos en Greenwich Village, puesto que nunca he estado ese barrio de Nueva York. Creo que Manuel Vilas sí ha estado en alguna ocasión. Incluso ha escrito algo al respecto de un par de lesbianas. Sin venir a cuento, a mí me viene la imagen de un par de lesbianas enfangadas en un apartamento luminoso en Greenwich Village, hasta que me detengo junto al maletero del Roadster con pintura metalizada White Silver. Gayo Rivera, virtuoso del arte y filósofo amigo mío, intenta calcular el año de matriculación del biplaza. Con mirada confesa estudia la placa mientras me dice que le devuelva la bolsa la próxima vez que nos veamos porque es muy cómoda, ya que dispone de dos magníficas rueditas. Le respondo que si echo los libros al maletero del biplaza puede quedarse con la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja, incluso puede llevársela a casa plegada en su regazo. De acuerdo, dice él. Entonces se agacha, arqueado de cabo a rabo, y comienza a rascarse el pulgar de su mano izquierda en la superficie curva de una de las rueditas, y a extraer bloques de libros de la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja con su mano libre, es decir con la derecha.

En una extraña torsión de su cuerpo, Gayo Rivera me va entregando libros que yo voy colocando en el maletero del Roadster sin poder apartar la vista del pulgar que roza una de las rueditas de la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja. Dispongo los bloques de libros pensando en las curvas y posibles bandazos en el largo viaje de regreso a Madrid. La bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja queda vacía cuando termino de colocar los libros en el maletero del biplaza. Seis ejemplares de Eñe, debidamente encapsulados, llaman mi atención. Está claro que los diseños de las cubiertas tienen algo que ver con que, después de haber pisado a fondo el acelerador, yo me haya olvidado de la silueta de Gayo Rivera haciéndose pequeña en medio de la calle. De su pulgar izquierdo restregándose en una de las rueditas de la bolsa-carrito-de-la-compra-de-

lona-roja.

Hoy es viernes, 27 de noviembre. Me llamo J.F. y han pasado diez días de la fecha de mi cumpleaños. Estoy solo, abandonado en la ciudad. Javier Sáez de Ibarra me ha escrito un correo para animarme a comprar El Cultural, porque saca un informe sobre el cuento actual o el "postcuento". En ese informe, Javier Sáez de Ibarra dialoga con otros autores sobre el "postcuento". El reportaje lleva por título "La era del postcuento". Compro el suplemento de El Mundo en un quiosco de Carabanchel. El manco Julio me reclama un euro extendiendo su mano como acostumbran a hacer los pedigüeños que se amontonan en la puerta de la Parroquia San Miguel Arcángel. En la cubierta de la *revistilla* (así tilda Javier Sáez de Ibarra al suplemento), arriba, a la derecha, puede leerse: "1€. Venta conjunta e inseparable con El Mundo, y en librerías especializadas". El hijo de puta del quiosquero me ha vendido la *revistilla* separada de su periódico inseparable. Menos mal que no quiero leer ningún periódico inseparable de su *revistilla* sin tener una taza de café recién hecho entre las manos, así que no se lo exijo. A las siete y cuarto de la mañana me acuerdo de la enfermedad extraña de Eva Alonso. Entonces me río al pensar en mis compañeros de oficina, sin tazas de café humeante entre las manos, pegados a las pantallas de los ordenadores haciendo que trabajan, aunque en realidad solo devoran la basura inmisericorde que les sirve en bandeja cualquier periódico digital a los que únicamente les importa mostrar el presente al individuo actual, dado que el futuro ontológico ya no existe.

Son las cinco de la tarde cuando salgo de la oficina. Abro el maletero del Roadster con pintura metalizada White Silver y me topo con los ejemplares de Eñe superpuestos al resto de libros. Durante un instante más o menos largo me acuerdo del sol benévolo de Alicante. De la enfermedad extraña de Eva Alonso. De Gayo Rivera, vestido con pantalón vaquero y camiseta marrón salpicada de peladuras de piel muerta, con la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja doblada en su regazo mientras acaricia una ruedita con el pulgar de su mano izquierda, y me dice adiós con la derecha. Cojo un ejemplar. Kiko Amat, Juan Pedro Aparicio, J. J. Armas Marcelo, Andrés Barba… Andrés Barba. Me gusta Andrés Barba. Me enamoraría de Andrés Barba si fuese escritora y argentina. Me enamoraría de Andrés barba ya que es un tipo corpulento que me resulta un poco afeminado. Sé que está casado, y me pregunto si en alguna ocasión ha vivido, con su mujer, escritora y argentina (esto lo sé, que es argentina), en alguno de los apartamentos del Greenwich Village. Pienso en Manuel Vilas, en su relato sobre dos bolleras que residen en Greenwich Village y un buen día deciden dar por terminada su relación amorosa. Pienso en las dos bolleras echándose pullas en alguno de los apartamentos del Greenwich Village. Pienso en la bollera más hermosa viajando por nuestra geografía con el único fin de olvidar el significado que tiene la palabra amor. Pienso en mí, pienso en ella. Pienso en la mujer de Andrés Barba, argentina y escritora. Seguro que es una mujer completamente luminosa, y eso me excita. Pienso en el olor corporal de Samantha Schweblin, y me

excito. Samantha Schweblin es argentina, además de escritora. Y luminosa. Muy luminosa. Por si todo lo anterior no fuese suficiente, la Schweblin reside en Berlín. Pienso en otras escritoras luminosas, y me vuelvo a excitar. Pienso en Sid Vicius, líder de los Sex Pistols cuando regresó del cuelgue y se encontró a su novia, Nancy, tirada en el suelo del lavabo de la habitación número 100 del Hotel Chelsea, con un puñal hundido en el abdomen, y de algún modo esa escena hace que me pregunte si Eva Alonso le pone a Gayo Rivera. Si a Gayo Rivera le ponen los labios ensopados de su mujer. Si imagina a su mujer extrañamente enferma saliendo de la ducha en plan salvaje con el albornoz celeste resbalándole por las caderas azules. Si imagina a su mujer azul caminando hacia él con la cadencia de un martillo pilón después de que el albornoz se le haya desanudado y se haya quedado atrás en algún lugar del pasillo iluminado por la luz transversal de la mañana. Eva Alonso es de Carabanchel, y asegura ser incapaz de escribir un solo verso en condiciones. Desconozco si Eva Alonso es luminosa. Eso no es importante. Además, padece la enfermedad extraña. Me pregunto qué pensará Javier Sáez de Ibarra al respecto. Es decir, si le ponen las escritoras luminosas. Supongo que sí, que le ponen. Supongo que su mujer escribe con pluma luminosa, y es nacida en Buenos Aires.

No deja de ser curioso. Cuando nos vemos, de tanto en tanto, Javier Sáez de Ibarra me da un abrazo afectuoso, aunque yo soy incapaz de abrazarle a él. Y siempre que lo intento, con infinita torpeza, descubro que es un abrazo atenazado por el miedo. Javier Sáez de Ibarra desconoce que son sinceros los abrazos que no le doy a nadie. Tampoco sabe que soy incapaz de enlazar palabras para soltarlas luego por la boca, ya que sufro trastornos emocionales difíciles de solucionar.

El triunfo de la inexpresión corporal me lleva a coger un ejemplar de la revista Eñe. Número 34. Título: “Sobre ruedas”. Devoro el texto. Me gusta el estilo de Andrés Barba. Me pregunto si Andrés es zurdo, y me vienen a la memoria imágenes siendo yo tan solo un muchacho. En los años ochenta el padre de Andrés Barba tenía un Seat 127. Andrés Barba habla de viajes de madrugada en los meses calurosos de agosto. Seis personas apretadas en el Seat 127 durante doce horas. Todavía recuerdo los viajes a Galicia montados en el Citröen 2CW de nuestra madre. Catorce horas alborotando en el asiento trasero (cuatro críos menores de doce años), el Citröen 2CW demasiado pegado al guardabarros de un camión con los ejes podridos en la subida eterna al Puerto de Piedrafita. Las cosas le fueron bien al padre de Andrés Barba, de modo que adquirió un Ford Orión en la época en que nuestra madre se casó con nuestro padre, y el padre de nuestra madre, es decir, *el abuelito*, le regaló un Citröen 2CW a su joven hija. El Ford Orión cambió la vida de la familia de Andrés Barba. El Citröen 2CW cambió la nuestra. Ahora me pregunto qué vehículo tendría Gayo Rivera en la época en que el cuerpo de Eva Alonso incubaba en silencio monacal la enfermedad extraña, y su amigo médico le injertó

un chip en el dedo pulgar de la mano izquierda a Gayo Rivera.

El Ford Orión de la familia Barba era azul metalizado. El Cirtöen 2CW de nuestra madre era amarillo pollo. El Ford Orión azul metalizado marcó la adolescencia de Andrés Barba. El Citröen 2CW amarillo pollo marcó la mía. Andrés Barba pensaba en la libertad cuando vivía con su familia en un pisito cercano a La Plaza de Castilla. La plaza de los yonquis. En aquellos años la ciudad estaba invadida por yonquis. Yo no pensaba en la libertad entonces, solo vivía en El Pinar de Chamartín, un barrio nuevo de clase acomodada, despoblado y próximo a La Plaza de Castilla. En La Plaza de Castilla había chabolas de gitanos donde se alzan hoy las torres Kio. También había docenas de chabolas en los arrabales de la ciudad, en el límite de El Pinar de Chamartín. Me pregunto si en aquella época los yonquis frecuentaban el río Hudson, si había chabolas cerca de los edificios de apartamentos pertenecientes a Greenwich Village, en Nueva York.

Los yonquis que describe Andrés Barba en su relato "olían con un punto ácido que no tenían los indigentes comunes". En El Pinar de Chamartín residía una legión de yonquis agazapados tras los visillos de muchas familias acomodadas. Yonquis resacosos. Yonquis con marcas de cera disfrazados de hijos de papá. Algunos de esos yonquis eran hijos de magistrados del Tribunal Supremo. Muchachos con escamas de serpiente que simulaban hacer deposiciones en mitad de la calzada, que lo hacían para hincarse en cualquiera de los tobillos una jeringuilla encontrada en el pasto de la Casa de Campo. No recuerdo el olor de los yonquis en aquellos años sin olores de mi adolescencia. Ni siquiera puedo acordarme del olor que desprendía aquel descampado próximo a El pinar de Chamartín, un rectángulo de tierra polvorienta donde los muchachos del barrio jugábamos a la pelota mezclados con gitanos y otros muchachos de nuestra edad llegados de poblados cercanos. Tampoco recuerdo, y esto sí me produce una gran angustia, el aroma corporal de mis padres.

Un sábado desapareció el Ford Orión azul metalizado del padre de Andrés Barba. Al día siguiente lo hizo el Citröen 2CW amarillo pollo de nuestra madre. Nuestra madre salió a la calle un domingo y el 2CW sencillamente no estaba donde lo había aparcado la noche anterior. El Ford Orión azul metalizado del padre de Andrés Barba apareció semanas después sucio de jeringuillas y botellines vacíos de cerveza. El padre y el hermano de Andrés Barba limpiaron el interior del Ford con una mueca de asco en el rostro. El Citröen 2CW amarillo pollo de nuestra madre apareció a un kilómetro de casa, en una perpendicular a Arturo Soria. Estaba debidamente aparcado, con el puente hecho y parte de la tapicería y la puerta del copiloto emborronada de sangre. Todavía olía a traspiración. Sospecho que fue nuestra madre quién limpió la sangre de la tapicería y de la puerta. La familia de Andrés Barba recuperó el Ford Orión, pero el coche familiar había perdido la magia. Nuestra madre recuperó el Citröen

2CW. Este también había perdido la magia.

Ahora puedo decir, como asegura Ricardo Piglia, que en un relato hay siempre una historia secreta bajo la superficie. En este hay una historia secreta, tal vez más de una, que fluye como un arroyo bajo la superficie luminosa de la pantalla del ordenador; por qué no, del folio impreso. Queda claro, entonces, que acabo de escribir un “postcuento”. Y si no lo es, no cabe duda de que se trata de un texto metaliterario. Pero nada de esto es importante. Lo importante es que aquel sábado o domingo, de mediados de noviembre, Gayo Rivera, virtuoso del arte y filósofo amigo mío, recuperó la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja, de modo que siempre que lo desee podrá rascarse, en la superficie curva de una de las dos rueditas de la bolsa-carrito-de-la-compra-de-lona-roja, el pulgar de su mano izquierda.